

la vez terrible y ridículo, y vale más que viva rodeada de personas indiferentes, que el que viva sola consigo misma y lleno el corazón de tedio y de aversión al género humano: esto es tan opuesto á su condición, que se supone blanda y amante, tan opuesto á la indulgencia que debe ser su primera cualidad, que la misantropía la convierte en un ser anómalo y excepcional.

Ya te lo he dicho; nadie hay en el mundo que no tenga alguna cualidad buena y relevante, alguna alta y bella prenda moral: pasemos, pues, por alto los defectos, y miremos el grano de oro que en cada alma se oculta, como compensación de otras flaquezas y debilidades; la indulgencia es una dulce virtud que nos hace dichosos, porque amengua á nuestros ojos los defectos ajenos; nadie puede ser perfecto en la tierra.

Te hablaré hoy del punto importante acerca del cual quieres saber mi opinión: me dices que sin detenerte más que algunos días en la ciudad has pasado al campo; que con motivo de las fiestas de Navidad, han ido otras muchas personas á la bella posesión donde te hallas, además de las que ya se hallaban en ella, y que deseas te diga, cómo

deberás comportarte para no hacer un mal papel callando y no tomando parte en la animada crítica, en las continuas habladurías elegantes y graciosas murmuraciones, que incessantemente tienen lugar en rededor tuyo.

Tienes miedo de andar por ese terreno peligroso, y con razón; tú, que tanto temes á la antipatía, á la falta de aprecio, debes ahora andar con mucha mesura, proceder con mucho tacto y con mucha suavidad para no perder las simpatías que hayas adquirido.

La más pequeña parte que tomaras en esas camarillas, la frase más leve que te pudieran atribuir, sería mirada y vista con ojo de aumento; sería comentada, zaherida, y le darían cien vueltas, en ninguna de las cuales quedarías favorecida.

Así, pues, ten mucho cuidado, niña mia, y cuida igualmente de no hacer alarde de una rígida y ridícula virtud, y de no caer tampoco en la común debilidad de hablar mal de todas, ó de determinadas personas.

El carácter más franco, la prudencia más ilustrada, no bastan siempre para librarse de oír habladurías; en un chisme se puede figurar sin saberlo y sin quererlo como actor y como espectador; la paz de la existencia y la digni-

dad del carácter exigen, sin embargo, que se evite toda participación en esos discursos malévolos, porque cuando menos, exigirían aclaraciones interminables á que obligan las palabras repetidas por personas indiscretas.

Piensa cuando hables, que las paredes no sólo oyen, sino que repiten, y con amplificaciones; es preciso, por tanto, imponerse el esfuerzo de ser sorda é indiferente para todas las malas ideas engendradas por la malevolencia, traídas y llevadas por la indiscreción y por el espíritu de intriga; este esfuerzo penoso no se renueva con frecuencia, porque cuando se ha establecido sólidamente la repugnancia que causa el oír discursos hostiles y hablarías peligrosas, se escapa á la obligación de rehusarlos; los maldicientes buscan, no sólo auditorio, sino ecos y aplausos.

La primera regla que debe observarse, es la de no hablar jamás de una persona ausente en otros términos que los que se usarían en su presencia: esta regla sola basta para preservarte de la acusación de falsedad en primer lugar; y luego de las dificultades que arrastra consigo una conducta doble.

No dependerá, sin embargo, de ti el oír las mentiras interesadas, y las acusaciones inme-

recidas; es preciso, mi amada Julia, que te resignes á soportar unas y otras, y que tomes, desde luego, tu partido acerca de las sinrazones que pueden hacerte, debilitando la estimación y el afecto que mereces: esta tarea llegará á serte fácil, si reflexionas un poco, porque verás que las personas accesibles á la mentira, y bastante fáciles para dejarse llevar de la lisonja que hace parte de la táctica de los embusteros, no merecen ni un solo pesar de tu parte, ni que hagas esfuerzo alguno para persuadirles.

Mañana volveré á escribirte: la medicina en pequeñas dosis, hace más saludable efecto; continuaré tratando el mismo punto, y hablándote de las reglas generales y particulares que debes observar para que te amen y te estimen todas las personas que te rodean.

FELICIA.

XIV

Continuando el mismo asunto de ayer, te diré, mi querida Julia, que son innumerables las ventajas de la discreción y de la reserva; pero que una desconfianza absoluta tiene grandes inconvenientes: mi anhelo es que sometas

tus acciones y palabras á las reglas de una prudencia ilustrada y razonable: en esa sociedad hallarás alguna otra joven con la que puedas simpatizar, á la que puedas comunicar sin peligro tus impresiones; pero no olvides que las buenas y leales amigas son raras, y mantente en una prudente reserva hasta que el tiempo te haga conocer sus cualidades.

Los caracteres poco comunicativos, fríos en la apariencia, suelen ocultar las más bellas prendas, suelen ser los más capaces de amistad, y, sin embargo, no se abandonan fácilmente á repentinas expansiones.

Aun en el caso de que tengas la dicha de hallar la amiga que yo te deseo, y que como te he dicho, no será difícil que encuentres, te aconsejo que te ocupes lo menos posible de las acciones y de los defectos de los otros, y esto te lo aconsejo, no sólo por el deseo de preservarte de los malos ratos que los chismes traen consigo, sino porque esta abstinencia me parece indispensable para conservar los sentimientos de caridad y de simpatía que debemos á nuestros semejantes.

La malevolencia es pocas veces un sentimiento innato en nosotros; casi siempre puede llamarse *trasplantado*; la costumbre, ya lo sa-

bes, puede llegar á ser una segunda naturaleza, y nada es más propio que la murmuración para alimentar y cultivar ese sentimiento, que acostumbrándonos á culpar á los otros, nos conduce á odiarlos y ser odiosos nosotros mismos. Es imposible amar á las personas, de las cuales se analizan constantemente los defectos, y, por lo mismo, debemos aplicarnos á notar las cualidades buenas de cada una, si no queremos apagar en nosotros la benevolencia que puede sola ayudarnos á soportar las imperfecciones de los demás y conseguir que soporten nuestras propias imperfecciones.

Por otra parte, la costumbre de criticar no solamente rebaja el corazón, empequeñece también la inteligencia, y hace incapaces á los que se dejan dominar por ella, de comprender las grandes acciones, y de creer en las bellas cualidades; es una especie de *oidium* moral, de enfermedad gangrenosa, que marcha y deseca los corazones que ataca: conduce á sospechar de las acciones más sencillas, y se transforma poco á poco, sin que se tenga conciencia de la metamorfosis, en uno de los vicios más vergonzosos.

Del mismo modo que algunas plantas cambian de nombre y de carácter, según su edad,

la murmuración, después de algunos años de *ejercicio*, cambia de proporciones y se convierte en calumnia. Una joven murmuradora, llega á ser una mujer envidiosa, siempre pronta á infamar: la murmuración, la envidia y la calumnia, provienen de la malevolencia que se exagera con la edad, con el pesar que la vejez trae consigo para la mujer frívola; y siendo un defecto, que parece ligero en su origen, se desenvuelve hasta ser un vicio odioso.

Cuida, pues, mi amada niña, de todo lo que hablas en medio de esa gran reunión de personas distintas, de caracteres opuestos y de gustos diferentes; piensa en que te hallas aislada en medio de muchas mujeres, á las que puedes ser antipática, y de muchos hombres á los que agradas en extremo; y ten entendido que cada una de estas dos cosas constituye un escollo cierto y un peligro probable; ten cuidado con lo que dices, y más con lo que haces; no tomes parte en ninguna apreciación ofensiva para los demás; no des tu asentimiento á la murmuración; no acuses, sino elogia siempre que te sea posible, y cuando no, guarda un prudente silencio.

Huye con cuidado de mezclarte con aquellas personas, cuya loca alegría, viveza de ca-

rácter y lenguaje descompuesto las ponga en evidencia, porque acaso alguna de las inculpaciones á que den lugar recaiga sobre ti; una conciencia delicada no se puede acomodar con la compañía de personas que no merecen la pública estimación, y no hay seguridad posible en las relaciones que se tienen con ellas; créeme, Julia, ninguna persona posee menos la estimación de los demás, que la que adquiere fama de malévola y dada á la crítica; á esas gentes se les teme y no se las ama ni se las estima jamás.

Los murmuradores se alejarán de ti por sí mismos si les pruebas á la primera ocasión la firme voluntad de no oír suposiciones malévolas acerca de las personas de tu amistad; y te será muy fácil hacer cesar sus habladurías, diciéndoles con política y firmeza, que tienes afecto á las personas de quienes se trata, y que te es penoso el oír hablar de ellas en términos ofensivos; en una palabra, mi querida niña, ten presente que es preciso ser indulgente para los defectos ajenos, y caritativa para el ridículo, á fin de hacernos amables y estimados á todos.

FELICIA.

XV

Ya ves, mi querida Julia, cómo mi amor te sigue á todas partes, cómo mi pensamiento te acompaña, y cómo la débil luz de mi experiencia va cerca de ti para mostrarte el camino de la vida.

Ya estás de vuelta bajo el techo paterno, asilo el más dulce, el mejor que una joven puede tener; comprendo bien el que tu padre accediese á privarse de tu compañía para que acompañases á tu opulenta tía en su viaje á Inglaterra; comprendo también que cediendo á las instancias de una antigua amiga te haya dejado durante un mes en ese suntuoso castillo señorial; tu madre era de elevada clase; tu padre ha querido y ha debido conservar las relaciones que tenía en provecho de sus hijos, y esas razones me hacen aprobar su conducta respecto de ti, y así se lo he dicho con toda sinceridad cuando me lo ha preguntado.

Pero en medio de mi alegría, al ver que en ti aman y estiman la memoria de tu bella y buena madre, es lo cierto, Julia, que yo ansiaba con todo mi corazón el verte al lado del

que es tu protector natural; de la persona que te quiere más en el mundo; de tu padre, en fin, tan bueno, tan indulgente para ti y para tus hermanos.

A éstos les haces falta también á su lado; la edad de Octavia necesita ya de continuos cuidados, y tú, que eres á la vez su amiga y su aya, comprendías, como yo, según veía en tus cartas, que tu presencia le era necesaria. Fernando, con ser menor y siendo niño, se hallaba triste y desanimado lejos de ti; así me lo decía él mismo, y ya te copié el parrafito de su carta en que me hablaba de esto.

Conserva, hija mía, conserva á todo precio el amor de tus hermanos, estos primeros amigos que nos da la naturaleza; las fiestas más espléndidas, las riquezas, el lujo, nada compensa la deliciosa intimidad de la familia; el corazón entre los que nos pertenecen por los lazos sagrados de la sangre, se llena de una dicha inefable, y de una alegría sin mezcla de ninguna sombra.

Además, hija mía, desde que hay *alguno* que te habla de amor, ya no debes salir del lado de tu padre; aunque con mucha vaguedad me das á entender que tu corazón se anima, y que en breve la bella flor del amor bro-

tará en él lozana y pura, porque tu elección ha de ser digna de ti; no dejes á este corazón joven é inexperto apasionarse de lo más brillante, mi querida Julia, sino de lo más bueno, de lo más noble, de lo más digno.

El matrimonio no es una cosa frivola: como dice muy bien un poeta español, es

.....
 Lazo dulce, lazo tierno
 cuando lo forma el amor;
 nudo sí no, de dolor,
 y un purgatorio, un infierno!

Si así se les enseñara á mirar, no sólo á nuestro sexo, sino también al otro; si se les dijera los inconvenientes, las tristes consecuencias que pueden resultar de una unión eterna si el amor se extingue ó solamente se entibia entre las personas que la han contraído, no habría tantas uniones desgraciadas, tanta inmoralidad, tantos dolores, tantas irreparables desgracias.

Para el matrimonio no hay término medio: es el cielo ó es el infierno; es la dicha completa, sancionada por la moral y por las leyes, por Dios y por los hombres, ó es la desgracia

más honda, la más terrible y la que nadie compadece ni consuela.

Dejo este punto, que debe ser tratado seria y detenidamente, para hablarte de otra cosa también importante.

A pesar de lo que tus hermanos te aman, te disgustan y te hacen sufrir; la niña es enemiga del trabajo, falta de actividad, y se hace sorda á todas tus reprensiones, porque tu padre, de carácter débil con sus hijos—como lo son casi todos los hombres—no te presta ninguna ayuda moral, y antes bien se manifiesta disgustado cuando riñes á Octavia.

Mal es este muy común en las familias mejor educadas y mejor unidas: por regla general, hija mía, el hombre es egoísta y no gusta de oír regañar en su casa; las armonías celestes no le parecerían bastantes para arrullar su sosiego doméstico; haz, pues, desde ahora, tu aprendizaje, porque acaso tu marido, cualquiera que sea el que elijas, pensará del mismo modo; hay muchas esposas que no sólo no pueden reconvenir á sus hijos, sino que ni aun pueden decir á su cocinera que está salada la comida, sin que sus maridos manifiesten claramente, y aun sin esperar á que se retiren

los criados, el desagrado que esto les ocasiona.

¿Pero qué remedio oponer á lo que no lo tiene? ¿Cómo poner en el corazón del hombre un instinto de justicia que se sobreponga á su natural egoísmo? ¿Cómo darle la seguridad de que nos guía un sentimiento equitativo al reconvenir á los demás?

¡Imposible!, y para lo imposible no hay otro recurso que la resignación y los paliativos.

Voy á darte dos reglas principales para que te evites sinsabores:

- 1.^a Riñe poco á tu hermana.
- 2.^a Jamás la reconvengas en presencia de vuestro padre.

He aquí una sucinta explicación de estos preceptos.—Riñe poco á tu hermana, porque con los caracteres tercos y frios es mejor guardar reserva y dignidad, que emplear reconvencciones inútiles, rebajando el propio decoro, que siempre sufre al ver una constante desatención.

No la reconvengas nunca delante de tu padre, evitando así el concluir de perder toda fuerza moral con tus hermanos, los que cada día van adelantando en comprensión.

No hay otro remedio que aceptar lo que no puede evitarse: haz de la necesidad virtud; acepta á Octavia tal como es, y corrígela constante y silenciosamente con el ejemplo, que es la más elocuente de todas las lecciones de este mundo.

Quizá ella misma se avergüence al verte callar y sufrir; eso está en lo posible y se ha visto muchas veces; en todo caso no tendrás el dolor de ver menospreciadas tus amonestaciones.

¿Quién sabe si muy pronto no serás la reina dichosa de un hogar tranquilo, la soberana querida de un buen esposo que te ame y te estime?

Entonces la necesidad enseñará á Octavia sus deberes; entonces tu padre te hará justicia y comprenderá la razón de tus quejas y sus propias sinrazones.

La vida es triste, hija mía, y no en vano se llama á este mundo *valle de lágrimas*; pero todo tiene sus compensaciones: al lado, ó muy cerca del dolor, está la alegría; y sobre todo, podemos tener un bien de nuestra propiedad exclusiva y que nadie puede arrebatar nos: LA PAZ DE LA CONCIENCIA.

Espero noticias de tu padre y tuyas acerca

de los vagos proyectos de enlace que, según creo, se agitan alrededor tuyo: me figuro que tu opulenta tía tiene también algún candidato: para dar tiempo, en mi próxima nada te hablaré de matrimonio, y si sólo de los pormenores del gobierno doméstico.

FELICIA.

XVI

Madrid, 18 ..

La ciencia del gobierno interior del hogar doméstico, no es tan fácil ni de tan poca importancia como se cree; no es tampoco una ciencia del todo material, como las jóvenes suponen cuando aún se hallan bajo el techo paterno; porque esta ciencia es «el arte de emplear, para la utilidad y el bienestar de la familia, los recursos que la Providencia pone en nuestras manos.»

Para conseguir este fin, el más bello á que puede aspirar la mujer, es necesario ciertamente saber muchas cosas prosaicas para practicarlas por sí misma ó mandarlas con inteligencia y acierto; pero la reunión de todos

estos pequeños talentos materiales constituyen un conjunto que da el resultado más glorioso para nuestro sexo.

No sé quién ha dicho que *el talento sirve para todo*; pero quienquiera que sea, ha afirmado una gran verdad. Las más ilustres mujeres, aquellas cuyo talento ha asombrado á propios y á extraños, no han desdeñado el ocuparse de las faenas domésticas y del gobierno de su fortuna. Madame Stael, uno de los más grandes genios femeninos que la Francia ha producido, limpiaba *por sí misma*, su salón lleno de toda suerte de preciosidades artísticas, que aun el más inteligente de sus numerosos criados le hubiera, quizá, echado á perder. Mistris Bennet, célebre novelista inglesa, que vivía sólo del producto de su pluma, cuidaba del Gobierno de su casa y daba cada mañana las provisiones para el día, «único modo, decía, de reunirle un dotecito á mi pobre hija.» Jorge Sand, esa ilustre dama, descendiente de reyes, que bajo aquel pseudónimo tanta gloria ha dado á su patria, ha vivido algunos años tejiendo encajes en los ratos en que la fatiga le hacía caer la pluma de la mano, y ha tenido siempre el orden más ad-

mirable en sus negocios: hoy mismo (1), retirada en su castillo señorial de Nohant, rodeada de sus hijos, que ha educado con amor, de sus nietos y de algunos fieles amigos, toma las cuentas á su mayordomo, y por las noches borda tapicería hasta las once, que se retira á escribir, pues el trabajo es y ha sido siempre una necesidad de su vida.

Es, pues, cosa notoria, que el talento no impide á la mujer el cumplir ninguno de sus deberes domésticos, sino que le enseña á cumplirlos todos con perfección.

La ciencia del gobierno doméstico tiene como auxiliares:

- Para *ahorrar*, el trabajo y la economía.
- Para *conservar*, el orden y la limpieza.
- Para *utilizar*, los diversos conocimientos adquiridos y las lecciones de la experiencia.
- Para *reparar*, la industria y la actividad.
- Para *embellecer*, los instintos y los preceptos del buen gusto.

¿No te parece, mi querida Julia, que si todas estas virtudes reinan en una familia, lleva-

La ilustre escritora á que nos referimos ha muerto después de escritas estas páginas.

(Nota de la autora.)

rán á ella la paz, la abundancia y la alegría?

La dicha del hogar consiste, en efecto, casi exclusivamente en la mujer, á quien está confiado el gobierno de este pequeño reino interior; los demás individuos traen de fuera los elementos del bienestar; mas sin el auxilio de la mujer, estos elementos serian improductivos.

«Ningún bien—dice Fenelón—puede hacerse en la casa sin la mujer.»

Los antiguos nos consideraban también de una manera muy alta. Es, decían, *el magistrado* que dicta las leyes y las hace observar. Si Dios le ha dado las gracias exteriores, ha sido para hacer amada y dulce su autoridad.»

A la mujer está encomendada la vigilancia interior, y no debe fiarse de nadie para evitarse el trabajo, que no deja de ser penoso, de ejercerla; debe pasar revista á las personas y á las cosas, como un general pasa revista á sus tropas; exigir que cada objeto se halle limpio y en su sitio. Como una reina, debe elogiar, recompensar, reconvenir y activar á todos y á cada uno con su ejemplo. Como una madre, en fin, debe cuidar de la alegría y de la salud de todos.

„Los árabes tienen un cuento célebre para

probar hasta qué punto es necesaria la vigilancia de la mujer en el hogar doméstico.

Una joven, casada con un hombre opulento, veía que su hacienda se iba arruinando y que la fortuna de su marido iba muy á menos; afligida consultó á una maga de gran renombre, diciéndole lo que ocurría y pidiéndole algún remedio para precaver la ruina total de su casa, que veía próxima.

—Toma esta cajita—le dijo la vieja hechicera—, y cada mañana levántate temprano y cámbiala de sitio; un día la pondrás en la despensa, otro día en el granero, otro día en la cueva, cada día en uno de los salones y gabinetes de tu casa, sin olvidar tampoco el comedor y la cocina; haciendo esto, tu hacienda irá creciendo en vez de ir á menos.

La joven obedeció; pero ¡qué malos ratos le costó la docilidad á esta orden! Vió lo que jamás hubiera querido ver: los caballos muriéndose de hambre en las cuadras, mientras los palafreneros se gastaban el dinero de la avena; las cubas vacías de vino, que vendía el despensero y bebían los criados; la despensa, desprovista de todo; el comedor, en perpetuo festín con los amigos de sus lacayos y camareras; la cocina, con los utensilios rotos y su-

cios y sin provisiones... La joven reconvino, amonestó, dió órdenes, hizo compras, guardó llaves, y, en fin, donde iba la maravillosa cajita fué remediado el desorden y el vicio.

Pasado un mes, la joven árabe fué á devolver la cajita á la maga.

—Hoy se cumple el término—le dijo—que me habéis dado para devolveros este maravilloso talismán; yo ignoro, señora, lo que hay dentro de esta caja, pues me habéis ordenado que no la abriese; pero es lo cierto que me ha devuelto la dicha y la riqueza; mi casa prospera, mi opulencia vuelve y ya no está la sombría fantasma de la miseria sentada á mi puerta.

—¡Mira!—dijo la benéfica maga, y abriendo la cajita, mostró el fondo vacío á los ojos de la joven agradecida.—Ya ves que no hay nada—continuó—. Tu presencia sola ha llevado á término feliz el desorden de tu casa; llevando al interior de ella, que jamás vigilabas, el supuesto talismán, has visto el mal y has buscado el remedio.

Hay mujeres elegantes que tienen su interior doméstico en el estado de orden más perfecto y más admirable.

Levantadas desde temprano y vestidas de